

la iglesia de San Pedro a casarte con Paris, o si no, te llevo arras-trando en un zarzo, ¡histérica, nerviosa, pálida, necia!

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Estás en ti? Cállate.

JULIETA.—Padre mío, de rodillas os pido que me escuchéis una palabra sola.

CAPULETO.—¡Escucharte! ¡Necia, malvada! Oye, el jueves irás a San Pedro, o no me volverás a mirar la cara. No me supliques ni me digas una palabra más. El pulso me tiembla. Esposa mía, yo siempre creí que era poca bendición de Dios el tener una hija sola, pero ahora veo que es una maldición, y que aun ésta sobra.

AMA.—¡Dios sea con ella! No la maltratéis, señor.

CAPULETO.—¿Y por qué no, entremetida vieja? Cállate, y habla con tus iguales.

AMA.—A nadie ofendo... no puede una hablar.

CAPULETO.—Calla, cigarrón, y vete a hablar con tus comadres, que aquí no metes baza.

SEÑORA DE CAPULETO.—Loco estás.

CAPULETO.—Loco, sí. De noche, de día, de mañana, de tarde, durmiendo, velando, solo y acompañado, en casa y en la calle, siempre fue mi empeño el casarla, y ahora que le encuentro un joven de gran familia, rico, gallardo, discreto, lleno de perfecciones, según dicen, contesta esta mocosa que no quiere casarse, que no puede amar, que es muy joven. Pues bien, te perdonaré, si no te casas, pero no vivirás un momento aquí. Poco falta para el jueves. Piénsalo bien. Si consentes, te casarás con mi amigo. Si no, te ahorcarás, o irás pidiendo limosna, y te morirás de hambre por esas calles, sin que ninguno de los míos te socorra. Piénsalo bien, que yo cumplo siempre mis juramentos. (Vase.)

JULIETA.—¿Y no hay justicia en el cielo que conozca todo el abismo de mis males? No me dejes, ma-

dre. Dilatad un mes, una semana el casamiento, o si no, mi lecho nupcial será el sepulcro de Teobaldo.

SEÑORA DE CAPULETO.—Nada me digas, porque no he de responder-te. Decídetes como quieras. (Se va.)

JULIETA.—¡Válgame Dios! Ama mía, ¿qué haré? Mi esposo está en la tierra, mi fe en el cielo. ¿Y cómo ha de volver a la tierra mi fe, si mi esposo no la envía desde el cielo? Aconsejame, consuélame. ¡Infeliz de mí! ¿Por qué el cielo ha de emplear todos sus recursos contra un ser tan débil como yo? ¿Qué me dices? ¿Ni una palabra que me consuele?

AMA.—Sólo te diré una cosa. Romeo está desterrado, y puede apostarse doble contra sencillo a que no vuelve a verte, o vuelve ocultamente, en caso de volver. Lo mejor sería, pues, a mi juicio, que te casaras con el conde, que es mucho más gentil y discreto caballero que Romeo. Ni un águila tiene tan verdes y vivaces ojos como Paris. Este segundo esposo te conviene más que el primero. Y además, al primero puedes darle por muerto. Para ti como si lo estuviera.

JULIETA.—¿Hablas con el alma?

AMA.—Con el alma, o maldita sea yo.

JULIETA.—Así sea.

AMA.—¿Por qué?

JULIETA.—Por nada. Buen consuelo me has dado. Vete, di a mi madre que he salido. Voy a confesarme con fray Lorenzo, por el enojo que he dado a mi padre.

AMA.—Obras con buen seso. (Vase.)

JULIETA.—¡Infame vieja! ¡Aborto de los infiernos! ¿Cuál es mayor pecado en ti: querer hacerme per-jura, o mancillar con tu lengua al mismo a quien tantas veces pu-siste por las nubes? Maldita sea yo si vuelvo a aconsejarme de ti. Sólo mi confesor me dará amparo y consuelo, o a lo menos fuerzas para morir.

ESCENA PRIMERA

Celda de fray Lorenzo

(FRAY LORENZO y PARIS)

FRAY LORENZO.—¿El jueves dices? Pronto es.

PARIS.—Así lo quiere Capuleto, y yo lo deseo también.

FRAY LORENZO.—¿Y todavía no sabéis si la novia os quiere? Mala manera es ésa de hacer las cosas, a mi juicio.

PARIS.—Ella no hace más que llorar por Teobaldo y no tiene tiempo para pensar en amores, porque el amor huye de los duelos. A su padre le acongoja el que ella se angustie tanto, y por eso quiere hacer la boda cuanto antes, para atajar ese diluvio de lágrimas, que pudiera parecer mal a las gentes. Esa es la razón de que nos apresuremos.

FRAY LORENZO (aparte).—¡Ojalá no supiera yo las verdaderas causas de la tardanza! Conde Paris, he aquí la dama que viene a mi celda.

PARIS.—Bien hallada, señora y esposa mía.

JULIETA.—Lo seré cuando me case.

PARIS.—Eso será muy pronto: el jueves.

JULIETA.—Será lo que sea.

PARIS.—Claro es. ¿Venís a confesaros con el padre?

JULIETA.—Con vos me confesaría, si os respondiera.

PARIS.—No me neguéis que me amáis.

JULIETA.—No os negaré que quiero al padre.

PARIS.—Y le confesaréis que me tenéis cariño.

JULIETA.—Más valdría tal confesión a espaldas vuestras, que cara a cara.

PARIS.—Las lágrimas marchitan vuestro rostro.

JULIETA.—Poco hacen mis lágrimas: no valía mucho mi rostro, antes que ellas le ajaser.

PARIS.—Más la ofenden esas palabras que vuestro llanto.

JULIETA.—Señor, en la verdad no hay injuria, y más si se dice frente a frente.

PARIS.—Mío es ese rostro del cual decís mal.

JULIETA.—Vuestro será quizá, puesto que ya no es mío. Padre, ¿podéis oírme en confesión, o volveré al Avemaría?

FRAY LORENZO.—Pobre niña, dispuesto estoy a oírte ahora. Dejadnos solos, conde.

PARIS.—No seré yo quien ponga obstáculos a tal devoción. Julieta, adiós. El jueves muy temprano te despertaré. (Vase.)

JULIETA.—Cerrad la puerta, padre, y venid a llorar conmigo: ya no hay esperanza ni remedio.

FRAY LORENZO.—Julieta, ya sé cuál es tu angustia, y también ella me tiene sin alma. Sé que el jueves quieren casarte con el Conde.

JULIETA.—Padre, no me digáis que dicen tal cosa, si al mismo tiempo no discurrís, en vuestra sabiduría

y prudencia, algún modo de evitarlo. Y si vos no me consoláis, yo con un puñal sabré remediar-me. Vos, en nombre del Señor, juntasteis mi mano con la de Romeo, y antes que esta mano, donde fue por vos estampado su sello, consienta en otra unión, o yo mancille su fe, matarános este hierro. Aconsejadme bien, o el hierro sentenciará el pleito que ni vuestras canas ni vuestra ciencia saben resolver. No os detengáis; respondedme o muero.

FRAY LORENZO.—Hija mía, detente. Aún veo una esperanza, pero tan remota y tan violenta, como es violenta tu situación actual. Pero ya que prefieres la muerte a la boda con Paris, pasarás por algo que se parezca a la muerte. Si te atreves a hacerlo, yo te daré el remedio.

JULIETA.—Padre, a trueque de no casarme con Paris, mandadme que me arroje de lo alto de una torre, que recorra un camino infestado por bandoleros, que habite y duerma entre sierpes y osos, o en un cementerio, entre huesos humanos, que crujan por la noche, y amarillas calaveras, o enterradme con un cadáver reciente. Todo lo haré, por terrible que sea, antes que ser infiel al juramento que hice a Romeo.

FRAY LORENZO.—Bien: vete a tu casa, fingete alegre: di que te casarás con Paris. Mañana es

ESCENA II

Casa de Capuleto

(CAPULETO, su MUJER, el AMA y CRIADOS)

CAPULETO (a un criado).—Convidarás a todos los que van en esta lista. Y tú buscarás veinte cocineros.

CRIADO 1º.—Los buscaré tales que se chupen el dedo.

miércoles: por la noche quédate sola, sin que te acompañe ni siquiera tu ama, y cuando estés acostada, bebe el licor que te doy en esta ampolleta. Un sueño frío embargará tus miembros. No pulsarás ni alentarás, ni darás señal alguna de vida. Huirá el color de tus rosados labios y mejillas, y le sucederá una palidez térrea. Tus párpados se cerrarán como puertas de la muerte que excluyen la luz del día, y tu cuerpo quedará rígido, inmóvil, frío como el mármol de un sepulcro. Así permanecerás cuarenta y dos horas justas, y entonces despertarás como de un apacible sueño. A la mañana anterior habrá venido el novio a despertarte, te habrá creído muerta, y ataviándote, según es uso, con las mejores galas, te habrán llevado en ataúd abierto al sepulcro de los Capuletos. Durante tu sueño, yo avisaré por carta a Romeo; él vendrá en seguida, y velaremos juntos hasta que despiertes. Esa misma noche Romeo volverá contigo a Mantua. Es el único modo de salvarte del peligro actual, si un vano y mujeril temor no te detiene.

JULIETA.—Dame la ampolleta, y no hablemos de temores.

FRAY LORENZO.—Tómala. Valor y fortuna. Voy a enviar a un lego con una carta a Mantua.

JULIETA.—Dios me dé valor, aunque ya le siento en mí. Adiós, padre mío.

CAPULETO.—¡Rara cualidad!

CRIADO 2º.—Nunca es bueno el cocinero que no sabe chuparse los dedos, ni traeré a nadie que no sepa.

CAPULETO.—Vete, que el tiempo

ROMEO Y JULIETA.—ACTO IV.—ESCENA III

apremia, y nada tenemos dispuestó. ¿Fue la niña a confesarse con fray Lorenzo?

AMA.—Sí.

CAPULETO.—Me alegro: quizá él pueda rendir el ánimo de esa niña mal criada.

AMA.—Vedla, qué alegre viene del convento.

CAPULETO (a Julieta).—¿Dónde has estado, terca?

JULIETA.—En la confesión, donde me arrepentí de haberos desobedecido. Fray Lorenzo me manda que os pida perdón, postrada, a vuestros pies. Así lo hago, y desde ahora prometo obedecer cuanto me mandareis.

CAPULETO.—Id en busca de Paris, y que os pida perdón, postrada, a vuestros pies. Así lo hago, y desde ahora prometo obedecer cuanto me mandareis.

JULIETA.—Vi a ese caballero en la celda de fray Lorenzo, y le concedí cuanto podía concederle mi amor, sin agravio del decoro.

CAPULETO.—¡Cuánto me alegro! Levántate: has hecho bien en todo. Quiero hablar con el Conde. (A un criado.) Dile que venga. ¡Cuánto bien hace este fraile en la ciudad!

JULIETA.—Ama, ven a mi cuarto, para que dispongamos juntas las galas de desposada.

SEÑORA DE CAPULETO.—No: eso debe hacerse el jueves: todavía hay tiempo.

CAPULETO.—No: ahora, ahora: mañana temprano a la iglesia. (Se van Julieta y el ama.)

SEÑORA DE CAPULETO.—Apenas nos queda tiempo. Es de noche.

CAPULETO.—Todo se hará, esposa mía. Ayuda a Julieta a vestirse. Yo no me acostaré, y por esta vez seré guardián de la casa. ¿Qué es eso? ¿Todos los criados han salido? Voy yo mismo en busca de Paris, para avisarle que mañana es la boda. Este cambio de voluntad me da fuerzas y mocedad nueva.

ESCENA III

Habitación de Julieta

(JULIETA y SU MADRE)

JULIETA.—Sí, ama, sí: este traje está mejor, pero yo quisiera quedarme sola esta noche, para pedir a Dios en devotas oraciones que me ilumine y guíe en estado tan lleno de peligros. (Entra la señora de Capuleto.)

SEÑORA DE CAPULETO.—Bien trabajáis. ¿Queréis que os ayude?

JULIETA.—No, madre. Ya estarán escogidas las galas que he de vestirme mañana. Ahora quisiera que me dejaseis sola, y que el ama velase en vuestra compañía, porque es poco el tiempo, y falta mucho que disponer.

SEÑORA DE CAPULETO.—Buenas noches, hija. Vete a descansar, que falta te hace. (Vase.)

JULIETA.—¡Adiós! ¡Quién sabe si volveremos a vernos! Un miedo helado corre por mis venas y casi apaga en mí el aliento vital. ¿Les diré que vuelvan? Ama... Pero ¿a qué es llamarla? Yo sola debo representar esta tragedia. Ven a mis manos, ampolla. Y si este licor no produjese su efecto, ¿tendría yo que ser esposa del Conde? No, no, jamás: tú sabrás impedirlo. Aquí, aquí le tengo guardado. (Señalando el puñal.) ¡Y si

este licor fuera un veneno preparado por el fraile para matarme y eludir su responsabilidad, por haberme casado con Romeo? Pero mi temor es vano. ¡Si dicen que es un santo! ¡Lejos de mí tan ruines pensamientos! ¿Y si me despierto encerrada en el ataúd, antes que vuelva Romeo? ¡Qué horror! En aquel estrecho recinto, sin luz, sin aire... me voy a ahogar antes que él llegue. Y la espantosa imagen de la muerte... y la noche... y el horror del sitio... la tumba de mis mayores... aquellos huesos amontonados por tantos siglos... el cuerpo de Teobaldo que está en putrefacción muy cerca de allí... los espíritus que, según dicen, interrumpen... de noche, el silencio de

aquella soledad... ¡Ay, Dios mío! ¿no será fácil que al despertarme, respirando aquellos miasmas, oyendo aquellos lúgubres gemidos que suelen entorpecer a los mortales, aquellos gritos semejantes a las quejas de la mandrágora cuando se le arranca del suelo... no es fácil que yo pierda la razón, y empiece a jugar en mi locura con los huesos de mis antepasados, o a despojar de su velo funebral el cadáver de Teobaldo, o a machacarme el cráneo con los pedazos del esqueleto de alguno de mis ilustres mayores? Ved... Es la sombra de mi primo, que viene con el acero desnudo, buscando a su matador Romeo. ¡Detente, Teobaldo! ¡A la salud de Romeo! (Bebe.)

ESCENA IV

Casa de Capuleto

(La SEÑORA y el AMA)

SEÑORA DE CAPULETO.—Toma las llaves: tráeme más especias.

AMA.—Ahora piden clavos y dátiles.

CAPULETO.—(Que entra.) Vamos, no os detengáis, que ya ha sonado por segunda vez el canto del gallo. Ya tocan a maitines. Son las tres. Tú, Ángela, cuida de los pasteles, y no reparéis en el gasto.

AMA.—Idos a dormir, señor impertinente. De seguro que por pasar la noche en vela, amanecéis enfermo mañana.

CAPULETO.—¡Qué bobería! Muchas noches he pasado en vela sin tanto motivo, y nunca he enfermado.

SEÑORA DE CAPULETO.—Sí: buen razón fuiste en otros tiempos. Ahora ya velo yo, para evitar tus veladas.

CAPULETO.—¡Ahora celos! ¿Qué es lo que traes, muchacho?

CRIADO 1º.—El cocinero lo pide. No sé lo que es.

CAPULETO.—Vete corriendo: busca leña seca. Pedro te dirá dónde puedes encontrarla.

CRIADO 1º.—Yo la encontraré: no necesito molestar a Pedro. (Se van.)

CAPULETO.—Dice bien, a fe mía. ¡Es gracioso ese galopín! Por vida mía. Ya amanece. Pronto llegará Paris con música, según anunció. ¡Ahí está! ¡Ama, mujer mía, venid aprisa! (Suena música.) (Al ama.) Vete, despierta y viste a Julieta, mientras yo hablo con Paris. Y no te detengas mucho, que el novio llega. No te detengas.

ESCENA V

Aposento de Julieta. Esta, en el lecho

(El AMA y la SEÑORA)

AMA.—¡Señorita, señorita! ¡Cómo duerme! ¡Señorita, novia, cordero mío! ¿No despiertas? Haces bien: duermes para ocho días, que mañana ya se encargará Paris de no dejarte dormir. ¡Válgame Dios, y cómo duerme! Pero es necesario despertarla. ¡Señorita, señorita! No falta más sino que venga el Conde y te halle en la cama. Bien te asustarías. Dime, ¿no es verdad? ¡Vestida estás, y te volviste a acostar? ¿Cómo es esto? ¡Señorita, señorita!... ¡Válgame Dios! ¡Socorro, que mi ama se ha muerto! ¿Por qué he vivido yo para ver esto? Maldita sea la hora en que nací. ¡Esencias, pronto! ¡Señor, señora, acudid!

SEÑORA DE CAPULETO.—(Entrando.) ¿Por qué tal alboroto?

AMA.—¡Día aciago!

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Qué sucede?

AMA.—Ved, ved. ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO.—¡Dios mío, Dios mío! ¡Pobre niña! ¡Vida mía! Abre los ojos, o déjame morir contigo. ¡Favor, favor! (Entra Capuleto.)

CAPULETO.—¿No os da vergüenza? Ya debía de haber salido Julieta. Su novio la está esperando.

AMA.—¡Si está muerta! ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO.—¡Aciago día!

¡Muerta, muerta!

CAPULETO.—¡Dejádmela ver! ¡Oh, Dios! que espanto. ¡Helada su sangre, rígidos sus miembros! Huyó la rosa de sus labios. ¡Yace tronchada como flor por prematura y repentina escarcha! ¡Hora infeliz!

AMA.—¡Día maldito!

SEÑORA DE CAPULETO.—¡Aciago día!

CAPULETO.—La muerte que fiero la arrebató, traba mi lengua e impide mis palabras. (Entran Fray Lorenzo, Paris y músicos.)

FRAY LORENZO.—¿Cuándo puede ir la novia a la iglesia?

CAPULETO.—Sí irá, pero para quedarse allí. En vísperas de boda, hijo mío, vino la muerte a llevarse a tu esposa, flor que deshojó inclemente la Parca. Mi yerno y mi heredero es el sepulcro: él se ha desposado con mi hija. Yo moriré también, y él heredará todo lo que poseo.

PARIS.—¡Yo que tanto deseaba ver este día, y ahora es tal vista la que me ofrece!

SEÑORA DE CAPULETO.—¡Infeliz, maldito, aciago día! ¡Hora la más terrible que en su dura peregrinación ha visto el tiempo! ¡Una hija sola! ¡Una hija sola, y la muerte me la lleva! ¡Mi esperanza, mi consuelo, mi ventura!...

AMA.—¡Día aciago y horroroso, el más negro que he visto nunca! ¡El más horrendo que ha visto el mundo! ¡Aciago día!

PARIS.—¡Y yo burlado, herido, descasado, atormentado! ¡Cómo te mofas de mí, cómo me conculcas a tus plantas, fiero muerte! ¡Ella, mi amor, mi vida, muerta ya!

CAPULETO.—¡Y yo despreciado, abatido, muerto! Tiempo cruel, ¿por qué viniste con pasos tan callados a turbar la alegría de nuestra fiesta? ¡Hija mía, que más que mi hija era mi alma! ¡Muerta, muerta, mi encanto, mi tesoro!

FRAY LORENZO.—Callad, que no es la queja remedio del dolor. Antes vos y el cielo poseáis a esa doncella: ahora el cielo solo la posee,

y en ello gana la doncella. No pudisteis arrancar vuestra parte a la muerte. El cielo guarda para siempre la suya. ¿No queríais verla honrada y ensalzada? ¿Pues a qué vuestro llanto, cuando Dios la ensalza y encumbra más allá del firmamento? No amáis a vuestra hija tanto como la ama Dios. La mejor esposa no es la que más vive en el mundo, sino la que muere joven y recién casada. Detened vuestras lágrimas. Cubrir su cadáver de romero, y llevadla a la iglesia según costumbre, ataviada con sus mejores galas. La naturaleza nos obliga al dolor, pero la razón se ríe.

CAPULETO.—Los preparativos de una fiesta se convierten en los de un entierro: nuestras alegres músicas en solemne doblar de campanas: el festín en comida funeral: los himnos en trenos: las flores en adornos de ataúd... todo en su contrario.

FRAY LORENZO.—Retiraos, señor, y vos, señora, y vos, conde Paris. Prepárense todos a enterrar este cadáver. Sin duda el cielo está enojado con vosotros. Ved si con paciencia y mansedumbre lográis desarmar su cólera. (*Vanse.*)

MÚSICO 1º.—Recojamos los instrumentos, y vámonos.

AMA.—Recogedlos sí, buena gente. Ya veis que el caso no es para música.

MÚSICO 1º.—Más alegre podía ser. (*Entra Pedro.*)

PEDRO.—¡Oh, músicos, músicos! "La paz del corazón." "La paz del corazón." Tocad por vida mía "la paz del corazón".

MÚSICO 1º.—¿Y por qué "la paz del corazón"?

PEDRO.—¡Oh, músicos! porque mi corazón está tañendo siempre "mi dolorido corazón". Cantad una canción alegre, para que yo me distraiga.

MÚSICO 1º.—No es ésta ocasión de canciones.

PEDRO.—¿Y por qué no?

MÚSICO 1º.—Claro que no.

PEDRO.—Pues entonces yo os voy a dar de veras.

MÚSICO 1º.—¿Que nos darás?

PEDRO.—No dinero ciertamente, pues soy un pobre lacayo, pero os daré que sentir.

MÚSICO 1º.—¡Vaya con el lacayo!

PEDRO.—Pues el cuchillo del lacayo os marcará cuatro puntos en la cara. ¿Venirme a mí con corchetes y bemoles? Yo os enseñaré la solfa.

MÚSICO 1º.—Y vos la notaréis, si queréis enseñarnosla.

MÚSICO 2º.—Envainad la daga, y sacad a plaza vuestro ingenio.

PEDRO.—Con mi ingenio más agudo que un puñal os traspasaré, y por ahora envaino la daga. Respondedme finalmente: "La música argentina", ¿y qué quiere decir "la música argentina"? ¿Por qué ha de ser argentina la música? ¿Qué dices a esto, Simón Bordon?

MÚSICO 1º.—¡Toma! Porque el sonido de la plata es dulce.

PEDRO.—Está bien, ¿y vos, Hugo Rabel, qué decís a esto?

MÚSICO 2º.—Yo digo "música argentina", porque el son de la plata hace tañer a los músicos.

PEDRO.—Tampoco está mal. ¿Y qué dices tú, Jaime Clavija?

MÚSICO 3º.—Ciertamente que no sé qué decir.

PEDRO.—Os pido que me perdonéis la pregunta. Verdad es que sois el cantor. Se dice "música argentina" porque a músicos de vuestra calaña nadie los paga con oro, cuando tocan.

MÚSICO 1º.—Este hombre es un pícaro.

MÚSICO 2º.—Así sea su fin. Vamos allá a aguardar la comitiva fúnebre, y luego a comer.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Calle de Mantua

(ROMEO y BALTASAR)

ROMEO.—Si hemos de confiar en un dulce y agradable sueño, alguna gran felicidad me espera. Desde la aurora pensamientos de dicha agitan mi corazón, rey de mi pecho, y como que me dan alas para huir de la tierra. Soñé con mi esposa y que me encontraba muerto. ¡Raro fenómeno: que piense un cadáver! Pero con sus besos me hubiera trocado por un emperador. ¡Oh, cuan dulces serán las realidades del amor, cuando tanto lo son las sombras! (*Entra Baltasar.*) ¿Traes alguna nueva de Verona? ¿Te ha dado Fray Lorenzo alguna carta para mí? ¿Cómo está mi padre? ¿Y Julieta? Nada malo puede sucederme si ella está buena.

BALTASAR.—Pues ya nada malo puede sucederte, porque su cuerpo reposa en el sepulcro, y su alma está con los ángeles. Y perdonadme que tan pronto haya venido a traeros tan mala noticia, pero vos mismo, señor, me encargasteis que os avisara de todo.

ROMEO.—¿Será verdad? ¡Cielo cruel, yo desafío tu poder! Dadme papel y plumas. Busca esta tarde caballos, y vámonos a Verona esta noche.

BALTASAR.—Señor, dejadme acompañaros, porque vuestra horrible palidez me anuncia algún mal suceso.

ROMEO.—Nada de eso. Déjame en paz y obedece. ¿No traes para mí carta de Fray Lorenzo?

BALTASAR.—Ninguna.

ROMEO.—Lo mismo da. Busca en seguida caballos, y en marcha. (*Se va Baltasar.*) Sí, Julieta, esta noche descansaremos juntos. ¿Pero cómo? ¡Ah, infierno, cuan presto vienes en ayuda de un ánimo desesperado! Ahora me acuerdo que cerca de aquí vive un boticario de torvo ceño y mala catadura, gran herbolario de yerbas medicinales. El hambre le ha convertido en esqueleto. Del techo de su lóbrega covacha tiene colgados una tortuga, un cocodrilo, y varias pieles de fornidos peces; y en cajas amontonadas, frascos vacíos y verdosos, viejas semillas, cuerdas de bramante, todo muy separado para aparentar más. Yo, al ver tal miseria, he pensado que aunque está prohibido, so pena de muerte, el despachar veneno, quizá este infeliz, si se lo pagaran, lo vendería. Bien lo pensé, y ahora voy a ejecutarlo. Cerrada tiene la botica. ¡Hola, eh! (*Sale el Boticario.*)

BOTICARIO.—¿Quién grita?

ROMEO.—Oye. Tu pobreza es manifiesta. Cuarenta ducados te daré por una dosis de veneno tan activo que, apenas circule por las venas, extinga el aliento vital tan rápidamente como una bala de cañón.